

DISCURSO II

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE TRONCOSO.)

Dedi te in lucem gentium.

Yo te he destinado á ser la luz de las naciones.

Isaiæ, c. 42. v. 6.

Cuando el profeta Isaías pinta el carácter del libertador de Israel, en pos del cual venian suspirando las generaciones desde el primer vaticinio pronunciado en la placentera morada de Eden, ved aquí cómo se expresa hablando en persona del grande Jehová: «Cerca está ya mi siervo, mi escogido en quien se complace el alma mia; sobre él he derramado mi espíritu; él mostrará la justicia á las naciones. Mansísimo y modesto, no tendrá querellas con ninguno; no será aceptador de personas, ni se oirá en las calles su voz para excitar tumultos entre la plebe. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que aún humea, sino que ejercerá el juicio conforme á la verdad. No será melancólico su aspecto, ni ménos turbulento, mientras establecerá en la tierra la justicia y de él esperarán la ley divina las islas. Yo el Señor te he llamado por amor de la justicia, te he tomado por la mano, y te he preservado para ser el reconciliador del pueblo y la luz de las naciones (1).»

Si bien es constante que estas palabras en su sentido literal pertenecen exclusivamente á Jesucristo, Salvador de la humanidad, destinado por su eterno Padre para anunciar al mundo

(1) *Isaie, c. 42. v. 1 et seq.*

la verdad, establecer la justicia en el seno de los pueblos, reconciliar con Dios á los que de él se habian separado por la culpa, y ser la luz brillante que manifestase á las naciones todas los caminos de la positiva felicidad, no es ménos cierto que ellas son al tiempo mismo una pintura fiel del carácter que debe distinguir á aquellos á quienes este Salvador divino confia la mision augusta que él recibiera un dia de su padre celestial.

Bastaria recorrer rápidamente la historia del cristianismo, y parar mientes en las brillantes cualidades de los grandes héroes que se han consagrado á difundir las luces puras del Evangelio en toda la redondez del globo, para quedar convencidos de esta verdad. En todos ellos se han visto brillar una mansedumbre extraordinaria, una imparcialidad incorruptible, una justicia extranjera al soborno y á las promesas, una apacibilidad insinuante y atractiva, un celo en fin que ha honrado su memoria y hecho preciosos los dias de su existencia sobre la tierra. Dejemos empero por ahora á todos esos astros refulgentes del católico hemisferio, y fijemos nuestra vista en el insigne Antonio de Padua, cuyas glorias hoy celebramos. ¿Quién al recordar lo prodigioso de su historia, dejará de reconocer en él la imágen mas acabada y perfecta de aquel divino prototipo de los santos? ¿Quién no ve retratados en este fidelísimo siervo de Dios los caracteres todos de aquel que le escogió en un siglo célebre en desgracias y fecundo en desórdenes de toda especie, para ser el defensor invicto de la justicia y el evangelizador celoso de la verdad? ¿Pudiéramos dudar de aplicar al héroe paduano las palabras del Profeta que nos sirvieron de texto? ¿Temeríamos extralimitarnos diciendo de él que fué un siervo á quien Dios amó sobremanera, y en quien se complació su alma de derramar todo su espíritu, para que mostrase su justicia á las naciones y enseñase á los pueblos sus divinos preceptos? ¿Quién como Antonio supo unir á los deberes del ministerio augusto que ejerció toda su vida, la apacible serenidad, la caridad industriosa, la paz del corazon, la rectitud de miras, la imparcialidad en los juicios, en una palabra, todas las cualidades de un enviado de Dios cerca de los hombres?

Tal se presenta á nuestra vista el héroe paduano, y de nada ménos que de un hombre de este temple necesitaba el siglo XIII. Preñado de errores y rebosando por donde quiera maldad, habíase anunciado al mundo este siglo desventurado. He-

rejías, cismas, turbulencias, guerras, sangre, desolacion, cuanto de horroroso y feo puede concebir la imaginacion del hombre, todo se hallaba aglomerado en aquellos dias de ingratos recuerdos. Heredero de todos los extravíos que en las pasadas edades engendrara el entendimiento pervertido de los enemigos mas encarnizados del cristianismo, el siglo XIII ofrecia á la faz de la Europa la triste y repugnante imágen de un dragon de siete cabezas. Los inmundos hálitos del error, habian empañado la brillantez del oro que un dia adornaba á la esposa del Cordero. Todo en su alrededor era oscuridad y espesas tinieblas.

Oh vírgen, hija de Sion! Quién te consolará? ¿Quién curará las hondas heridas que en tu seno abrieron tus enemigos? ¿Quién te devolverá la hermosura antigua de que te despojaron? ¿Quién te restituirá los dias de prez y de gloria en que eras admirada de todo el universo? Vedle ahí: Antonio es el siervo amado de Dios sobre quien descansa el espíritu de verdad, de justicia y de milagros, para que como predicador, como apóstol y doctor, sea la luz de las naciones oscurecidas con las tinieblas del error: *dedi te in lucem gentium*. Tal es el carácter bajo el cual os voy á mostrar á nuestro héroe en el presente discurso. Imploramos los divinos auxilios por la mediacion de la vírgen, diciéndola llenos de ternura: *Ave Maria*.

REFLEXION ÚNICA.

Si bien es verdad que no es la dorada cuna la que ennoblece al hombre; si es cierto que la humildad de nacimiento jamas ha sido un obstáculo para llegar al heroísmo, no es ménos cierto empero que este se ostenta mas, cuando naciendo el hombre en medio de la opulencia y de la nobleza, sabe despreciarlo todo, y solo funda la verdadera y sólida grandeza sobre las indestructibles bases de la virtud. La sangre de los duques de Saboya, de los reyes de Astúrias, de Jerusalem, de Castilla, de Aragon y de Navarra corrian por las venas del jóven Antonio é ilustraban su nacimiento; empero nada de esto le ilustró tanto como su prodigiosa santidad, que ya desde su infancia comenzó á desarrollarse de un modo singular.

Su niñez, como la de Tobías, no conoció las puerilidades

de la edad infantil (1). Si le mirais en el templo de san Vicente de Lisboa en donde habia sido reengendrado con las aguas del santo bautismo, y bajo cuya sagrada techumbre moraba de continuo, os parecerá ver al jóven Samuel instruyéndose en el templo de Silo en las voluntades del Eterno (2). Allí le vereis elegir por guia y norte de todas sus acciones á la brillante estrella del mar, María. Dirigido por ella en los peligrosos senderos del mundo, en medio de las tempestuosas olas de este océano sembrado de escollos y de abismos enormes, surca con felicidad sus aguas, sin que los bramidos de las pasiones, ni las negras sombras del error y de la mentira, ni los bajos arenosos de los perversos ejemplos de los de su edad sean capaces de hacerle naufragar en medio de ese báratro á donde con tanta frecuencia viene á estrellarse una juventud inexperta.

Mas no hay que extrañarse de esto, amados oyentes: la Providencia que tiene sobre Antonio pensamientos de paz, y le reserva para los designios de su mayor gloria, vela continuamente en su alrededor. Antonio como el Bautista debe ser una luz que brille sobre el hemisferio católico, y lleve á los pueblos los resplandores de la divina palabra. Por eso, á su imitacion, ántes de ser colocado sobre la eminencia, se oculta no en el desierto, sí empero en el silencioso retiro del claustro.

El órden venerable de san Agustin recibe en su seno al fervoroso Antonio, y desde los primeros dias de su vocacion admira en él el modelo de todas las virtudes. Oracion continua, recogimiento y abstraccion de las criaturas, humildad profunda, obediencia perfecta, todas las llevó hasta donde es posible en la esfera de lo humano. Gigante en la carrera de la santidad, se le vió descollar desde sus primeros pasos cual cedro majestuoso, y aventajar en breve á los hombres mas provecos.

Empero oh órden ilustre! no te gloríes con la posesion de este tesoro incomparable. No está reservado á ti el coger los frutos que has sembrado en su corazon. La providencia del Señor, cuyos designios son inescrutables, le reserva otro teatro mas oportuno, para que en él desenvuelva las grandes cualidades encerradas en su tierna alma. Con efecto; cinco mártires del órden seráfico acababan de dar en las regiones del África el mas ilustre testimonio de su fe, sellando con su sangre sus ta-

(1) *Tobíæ*, c. 1. v. 4. (2) *I. Regum*, c. 3.

reas apostólicas : sus preciosas reliquias son trasladadas á Portugal y depositadas en el monasterio de Santa Cruz de Coimbra donde moraba nuestro héroe. Antonio las ve, y su sangre aun fresca y reciente, habla á su corazon y le inflama en el deseo de padecer el martirio por Jesucristo, sin que ni el alfange, ni la media luna, ni el turbante del feroz africano sean capaces de intimidarle. Cuán eficaces son sus ansias! No le es posible contenerlas en su corazon; las manifiesta con palabras que descubren el incendio que abrasa su pecho, y para mejor llevarlas á cabo, despues de consultar con Dios su vocacion, se despoja del hábito de Agustino, vuela al órden seráfico; ruega, pide, insta, para ser en él admitido; lo consigue en efecto; y aquel tosco sayal que cubre su desnudez, es para él mucho mas precioso que la púrpura de Salomon en los dias de su mayor gloria.

En este arsenal sagrado (como llamó al órden seráfico un célebre escritor) es donde Antonio se pertrecha de todas las armas necesarias para combatir con éxito contra las potestades del averno. ¿Hablaré de las virtudes que ejercitó en su retiro, ínterin llegaba el tiempo de manifestarse al mundo á llenar la mision á que el cielo le destinaba? ¿Mas cómo fuera posible enumerarlas? Baste decir, católicos oyentes, que el espíritu del Señor descansó perfectamente sobre su siervo, comunicándole con profusion todos sus dones. ¿Haré mencion de estos? No es tiempo aún; el tiempo mismo los patentizará un dia en toda su extension. Entre tanto, yo me dirijo al monte Alberno, y allí mi alma contempla extasiada el espectáculo mas tierno que puede ofrecerse á la vista de los humanos. No hablemos ya de las frecuentes apariciones que tuvo de espíritus bienaventurados. Nada digamos de las veces que viniendo á este sitio para desahogar los incendios de su amor ardiente, se encendió mucho mas con los coloquios de los ángeles. Habla tú, serafin abrasado, y cuéntanos lo que por ti pasó en aquel dia para siempre memorable, en que el amorosísimo Jesus en la figura de un hermoso niño se dignó venir á tus brazos, y conversar contigo con una familiaridad mucho mayor que todo cuanto puede imaginarse. Católicos! Vosotros habréis experimentado mil veces sentimientos de la mas viva admiracion al oír hablar de un Noé, de quien los santos Libros forman el mas bello elogio, porque tuvo la dicha sin par de escuchar una vez la voz de su Dios. Habréis participado del entusiasmo del patriarca Jacob, cuan-

do en un dichoso sueño vió á su Dios en la misteriosa escala cuya extremidad tocaba al cielo. Habréis admirado á un Moises al verle recibir del Señor las leyes y preceptos que debía observar el pueblo de Israel. Mas ah! ¡cuánto distan estas visitas de las que recibió nuestro ilustre Antonio de la majestad encarnada! Antonio estrecha en su seno al Salvador, le colma de caricias, imprime sobre su rostro los mas dulces ósculos, le habla, escucha su voz placentera, riega sus mejillas con dulces lágrimas de un amor sin igual, y... Proseguid vosotros, espíritus celestes, que fuisteis testigos oculares de tan bello espectáculo, en tanto que yo continúo presentando á mi héroe bajo el carácter que me he propuesto, á saber, como una luz destinada á derramar sus resplandores sobre los pueblos y naciones : *Dedi te in lucem gentium.*

No habia abandonado á Antonio ni se habia extinguido en su pecho aquel deseo eficacísimo del martirio, que le inspiraran las reliquias de los cinco proto-mártires de su órden seráfico; ántes bien crece considerablemente, y de dia en dia su corazon se siente mas movido á emprender su viaje hácia las playas africanas. Una sola cosa le falta : el permiso de sus superiores. Insta pues, y sus instancias tienen un feliz resultado. Parte con la velocidad del relámpago hácia las costas de Marruécos, y cual otro Isaías parecele oír los acentos de los que habitan aquella region de tinieblas; ya cree ver las víctimas del Islamismo que le tienden sus brazos suplicantes : ¡cuán largo es para Antonio el tiempo que le retarda la ejecucion de sus deseos! ¡cómo se angustia su corazon, porque no llega la hora de beber el amargo cáliz del dolor y de la muerte! Cerca está empero el ansiado momento..... Sus ojos comienzan á descubrir los altos torreones de aquella ciudad ebria de la sangre de los mártires de Jesus... Ya se dispone á saltar en tierra..... ya aborda aquellos arenosos bajíos.... Empero, ¡cuán diversos son los designios de Dios de los de los hombres! El Señor que rige los destinos de nuestro héroe, si bien se complace en sus fervorosos deseos, no se digna admitir su sacrificio; porque en sus eternos consejos le tiene reservado como á otro Saulo, para hacerle vaso de eleccion que lleve su nombre ante los reyes y príncipes de la tierra. En efecto, el cielo por medio de una peligrosa enfermedad, desbarata los proyectos de Antonio; y Antonio, cuya voluntad está identificada con la de su Dios, sucumbe resignado al divino

benoplácito; y lanzando miradas expresivas hácia aquella tierra que hubiera querido regar con su sangre, cambia de rumbo, y dirigido por la Providencia, aborda en las costas de Italia. Hé aquí el teatro de sus triunfos; aquí es donde esta luz empieza á brillar con toda claridad: *Dedi te in lucem gentium.*

Predicador, apóstol, doctor, estos son los tres caracteres de que estuvo adornado el grande Pablo, y cuyos deberes llenó tambien Antonio á satisfaccion del mismo Dios, como enviado por él para renovar en sus dias los prodigios de aquel insigne defensor de la verdad. Como predicador, no busqueis en él aquella ciencia que hincha, ni penseis haga una vana ostentacion de aquel follaje de erudicion importuna y fastidiosa, propia solamente de aquellos oradores que, sustituyendo la palabra del hombre á la palabra de Dios, se predicán á sí mismos léjos de predicar á Jesucristo crucificado. Dotado no obstante por su Criador de un espíritu vasto, de un discurso sólido, de un carácter magnánimo, de una elocuencia en fin mas persuasiva sin comparacion que la de los Hortensios, Tulios y Demóstenes, habla con libertad santa; y respetando siempre las personas, jamas empero fraterniza con el vicio, ántes bien le declara las mas cruda guerra. Su voz, semejante al horrisono fragor de los vientos, hace estremecer, bambolear y conmovese las montañas mas encumbradas, y los mas erguidos cedros de la vanidad. Ataca fuertemente el despotismo de los poderosos, truená contra las injustas exigencias de los príncipes, defiende la causa de los pobres abatidos y humillados, y sus palabras rompen las cadenas, abren las cárceles, ahuyentan la opresion, y plantean la justicia en el seno de los pueblos. No le estremece la turba de aduladores que rodean el trono del monarca, ni las amenazas de los potentados, ni la influencia de los opulentos. Cual otro Daniel, se introduce en los palacios, y predica que hay un rey por quien dominan los príncipes, y un juez que ha de exigirles cuenta exacta de sus acciones. Como Isaiás, no duda presentarse ante los tribunales y preguntar dónde está la balanza con que deben pesarse los derechos del pueblo? En suma, como Pablo, no reconoce aceptacion de personas; á todos exhorta, á todos arguye, á todos reprende; el vicio es su capital enemigo; las personas son el objeto de su predileccion, porque á todos ama igualmente en las entrañas de Jesucristo.

No tenia necesidad Antonio de convocar al pueblo á escu: har

su predicacion. Por do quiera se veían cubiertas las plazas y las calles de multitud innumerable de gentes que le seguían en pos, como las turbas al Salvador; y las calles, y las plazas, y los templos, todo lugar era á propósito para su ministerio. Tampoco se circunscribe á un lugar solo ó á un solo pueblo; Padua, Lisboa, Portugal, Francia, España, escuchan la voz fervorosa de Antonio, y en todas partes florece la virtud, fúgase el vicio, y se establece el reino de Dios. La capital del orbe católico, la grande Roma le pide, le desea, le busca. El papa le manda predicar, y mas de treinta mil extranjeros que componen su auditorio le entienden perfectamente como si á cada uno hablase su propio idioma. Hubiérase creído escuchar á un Pedro al salir del cenáculo en el dia de Pentecostés.

Veinte y dos foragidos se proponen mofarse de sus invectivas, y quedan prisioneros en los dulces lazos del arrepentimiento. Un jóven paduano que osara levantar un pié sacrilego contra su madre, al oír á Antonio en un momento de fervor, se corta aquel pié, instrumento de su pecado, y nuestro santo se le restituye en virtud de su oracion. Si su voz es escuchada en el capítulo general Arelatense en presencia de la porcion mas ilustre del órden Seráfico, san Francisco se aparece en el aire, bendice al predicador, y aprueba su palabra. Si el sacramentario Guialdo se atreve á impugnar la real presencia de Jesucristo en el adorable sacramento, Antonio hace presentar la sagrada hostia á una mula hambrienta de tres dias; el irracional dejando el pesebre, póstrase ante ella y adora á su Dios y Señor; el hereje audaz abjura su error y se convierte á la fe católica. Si los herejes de Rimini rehusan escucharle, Antonio se dirige á la playa del mar, convoca á los peces, salen estos á la orilla, oyen la palabra de Dios, y con labendicion del santo, vuelven á su elemento. Si un hombre se finge ciego para burlarse de sus prodigios, Antonio ora, y el infeliz con un nuevo prodigio se halla realmente privado de la vista. Vuelve á orar Antonio á ruegos del ya reconocido y arrepentido pecador, y en el momento torna á su primitivo estado. Mas qué, ¿pretenderé yo referir todos los prodigios de su predicacion? ¡Vano proyecto! fuerza es renunciar á él, y considerar á nuestro héroe como la luz de las gentes bajo el dictado de apóstol: *Dedi te in lucem gentium.*

Y desde luego: enseñar y hacer milagros, hé aquí entre otros,